

La historia guarda dos versiones de la muerte de Pasang Nuru Sherpa. Una dice que murió poco después de su entrevista con la prensa británica, desangrado en manos de un bandido montañés llamado Jarek Rajzarov. La otra afirma que sobrevivió a sus heridas, prendió fuego al tendejón de la llanura y se internó en la Gruta del Toscano. Allí murió de frío o de toxoplasmosis, repasando en su memoria la nómina de hombres, máquinas y bestias que se perdieron explorando aquel tremendo abismo. Esta última versión es la que mejor se acomoda a su vena melancólica. La otra es tan atroz, que aun hoy es ofensivo referirla en la vasta cordillera donde su nombre va adquiriendo proporciones legendarias.

Cualquiera que haya sido su destino, lo cierto es que Pasang Nuru pudo haber muerto de muchas otras formas y en muchos otros recodos de su siglo. Es incluso probable que haya muerto varias veces sin que él mismo lo notase. Quienes lo conocieron guardaron para siempre la impresión de que ese sherpa diminuto estaba ya en otra parte, como en un teatro de sombras. Parecía un holograma, me dijo cierta vez Milena Giddens invocando las horas que pasó con él en la llanura. Lo mataron por mi culpa, añadió. Milena suele exagerar su influjo sobre las suertes ajenas, pero creo que en este caso no va fuera de razón: he mirado muchas veces

---

su entrevista con el sherpa, y en todas ellas me ha quedado la certeza de que por entonces Pasang Nuru estaba al tanto del peligro que corría al revelar sus secretos. Más que miedo, su rostro irradiaba una alegría crepuscular, la feliz resignación de quien se sabe en los bordes de la existencia y busca revelarlo todo para llegar ligero al otro lado del río.

No es que el sherpa haya deseado su extinción. A pesar de sus años, Pasang Nuru era un hombre plenamente hecho a esta vida. Los premios y tormentos del más allá lo tenían sin cuidado. Le gustaban ante todo las cosas del mundo, los objetos sin aristas y las preguntas simples. La inclinación suicida de los exploradores occidentales lo enervaba tanto como el candor supersticioso de los porteadores que durante años reclutó para asistir a aquéllos en la conquista de la Gruta del Toscano. El extravío romántico, la fantasía febril y las pasiones montarcas le parecían absurdos, cuando no francamente estúpidos. Quizá por eso renunció desde muy joven a entender a sus patrones, y prefirió vivir a expensas de ellos con el desdén de quien se sabe muy por encima de la ambición humana.

Hablaba un inglés perfecto, me advirtió Milena Giddens cuando accedió a mostrarme la grabación de su entrevista. Recuerdo que esa tarde fingí curiosidad, no sé ya si por pereza o por temor a irritar a mi colega. Ciertamente no eran muchas las cosas que entonces sabía de Pasang Nuru, pero su don de lenguas era sin duda una de sus habilidades mejor recordadas. Poco antes de que Milena volviese de los Himalayas, el ordenanza Beda Plotzbach me reveló ese y muchos otros rasgos del sherpa. Nos habíamos encontrado casualmente en las calles de

Streslau, y enseguida tuve claro que el pobre viejo ansiaba contar lo que había sufrido y escuchado desde el maldito día en que el capitán Reissen-Mileto descubrió la Gruta del Toscano. Por él supe que Pasang Nuru hablaba francés con acento gascón y un inglés como aprendido en un liceo isabelino. Si no recuerdo mal, en una carta a la duquesa Tibia Grics el propio capitán Reissen-Mileto menciona la destreza del sherpa para expresarse en todos los idiomas de la tierra con desarmante fluidez. Tal es su asombro ante el talento de su joven guía, que no sabe si halagarlo o recelar de él como si aquél fuese un arte del demonio.

El más vivo recuerdo que el ordenanza Plotzbach tenía de Pasang Nuru era el de su breve figura apostada en el vestíbulo de la Gruta del Toscano. Por entonces el sherpa era un adolescente, pero había sabido ganarse el respeto de los expedicionarios en las álgidas semanas que habían pasado en la montaña buscando el legendario paso de Ibn Margaar. Fue él, me diría el ordenanza Plotzbach muchas décadas más tarde, el primero en divisar la entrada de la cueva cuando ya los expedicionarios se habían rendido a los estragos de la hipotermia y la desesperanza de encontrar algo en aquella selva áspera de rocas, cardos y matojos. Y fue él también, dijo el ordenanza, quien descifró antes que nadie los signos que hallaron labrados en el gran bloque de piedra que se eleva sobre la boca de la gruta. Cómo pudo hacerlo, era algo que Plotzbach todavía no acababa de explicarse. Los signos en la piedra parecían cualquier cosa menos letras. Ni siquiera podía decirse que hubiesen sido escritos allí por algo más que el viento, el agua o la infinita pa-

---

ciencia de algún insecto corrosivo. Cuando alcanzaron al sherpa, los expedicionarios pensaron que su guía elevaba al cielo una plegaria de gratitud o asombro. Pasang Nuru los dejó acercarse sin bajar la vista, tomó del brazo al capitán Reissen-Mileto y extendió el índice como el grumete que anuncia tierra al final de una extenuante travesía. El capitán no comprendió enseguida lo que le señalaba el sherpa. Miró la cueva, parpadeó, siguió con impaciencia el índice de su joven guía. Finalmente descubrió los signos y escuchó con un escalofrío la voz del sherpa traduciendo al alemán, sin rima ni cadencia, los versos que Dante Alighieri afirma haber leído en la puerta misma del infierno.

Pasarían aún varios años antes de que un jesuita portugués comprobara que esos signos eran en efecto una versión sánscrita de los versos iniciales del Canto Tercero de la *Commedia*. Desde que halló la cueva, el capitán Reissen-Mileto se empeñó en demostrar que el sherpa había interpretado correctamente aquella advertencia pétreo. Convencido de que en ello se jugaba el crédito de un descubrimiento prodigioso, él mismo transcribió los signos e intentó obtener del sherpa un patrón lingüístico que le permitiese vincularlos con los tercetos dantescos. En los días alucinantes que siguieron al hallazgo de la gruta, el ilustre explorador insistió, halagó y amenazó a Pasang Nuru para que éste le dijese cómo había interpretado los signos. Pero el sherpa nunca pudo explicarse. Su don de lenguas era para él algo tan natural como la respiración, una facultad inescrutable que él mismo había asumido

---

desde niño como otros se resignan a ser zurdos o a tener los ojos negros. En alguna parte de su entrevista con Milena Giddens, Pasang Nuru habla también de su extraña relación con los idiomas, pero sus palabras, lejos de aclararla, sólo hacen más oscura su prodigiosa facultad.

No es entonces de extrañar que el capitán Reissen-Mileto se sintiese en cierta forma traicionado por su guía. Después de todo, el sherpa fue por mucho tiempo su única esperanza de probar que aquella cueva era la entrada del inframundo dantesco, y que su calamitosa expedición no había sido en balde. Beda Plotzbach asegura que el capitán sopesó al principio la posibilidad de llegar hasta el fondo de la caverna, pero pronto le quedó claro que sus hombres no estaban preparados para semejante empresa. Exhaustos y mal provistos con antorchas, los exploradores llegaron apenas al punto donde la cueva se ensancha y es cortada por un caudal sulfuroso que se anuncia infranqueable en la tiniebla. Un olor fétido se encabalga allí con ráfagas de aire helado, zumbidos de invisibles insectos y rumores de aleteos que crisparían los nervios del más plantado. Sólo el temerario Ehingen de Granz mostró el ánimo de seguir adelante, pero al fin desistió de hacerlo cuando el capitán Reissen-Mileto ordenó que la cordada volviese de inmediato al valle donde les aguardaba el resto de la Quinta Compañía de Fusileros.

Ignoro todavía si Pasang Nuru acompañó a sus clientes en esta tímida incursión a la caverna. Sólo sé que estuvo con ellos en el umbral, y que no pudo explicar la traducción de los signos. De esta forma confrontado con el hermetismo de su guía

e inepto para seguir adelante, el capitán comprendió que esa cueva había de ser la última quimera de su existencia, y que ahora su fama dependía en gran medida del peso que sus superiores desearan conceder a su palabra de honor.